

Prólogo

El sheriff Ben Lassiter se sentía como un idiota corriendo a un lado del tractor.

—Vamos, Colby —gritó—, tienes que entrar en razón. Bájate de ese maldito aparato y escúchame por una vez en tu vida. ¡No seas tan cabezota!

El viejo tractor siguió avanzando a saltos en la creciente oscuridad, arrojando nubes de polvo sobre el immaculado uniforme de Ben. Colby esperó hasta ver que él estaba absolutamente sin aliento y en total desventaja para detener el tractor, y continuó sentada mirando malhumorada el campo. Con la mayor lentitud se quitó los guantes de piel que usaba para trabajar.

—Me estoy cansando de estas visitas, Ben. ¿Y de qué lado estás tú, por cierto? Me conoces. Conociste a mi padre. Los hermanos Chevez no son de aquí, y no tienen ningún derecho a exigirme que les entregue a mis hermanos.

Ben se sacudió el polvo que lo cubría, con los dientes apretados por la frustración. Tuvo que hacer varias respiraciones para poder contestarle.

—No he dicho que esté bien, Colby, pero la familia Chevez tiene a los hermanos De la Cruz de su parte, lo cual significa muchísimo dinero y poder. No puedes desentenderte de ellos. No se van a marchar. Tienes que hablar con ellos, si no, te llevarán a los tribuna-

les. Las personas como los hermanos De la Cruz no pierden pleitos en los tribunales. —La cogió por la cintura antes que ella saltara del tractor. Resistiendo el impulso de arrearle una buena sacudida para hacerle entrar algo de sensatez, la bajó hasta el suelo y la retuvo así un momento—. Tienes que hacerlo, Colby. Lo digo en serio, cariño. No puedo protegerte de estas personas. No sigas obstinada, dándole largas a esto.

Colby se apartó de él haciendo un leve gesto de impaciencia, y agitó la cabeza para que el desordenado pelo que le caía por debajo del sombrero le ocultara el repentino brillo de lágrimas en los ojos. Ben se apresuró a mirar hacia otro lado, simulando que no lo notaba. Un hombre tendría que matar por ella si lloraba, y era muy probable que cualquiera que viera sus lágrimas tuviera que afrontar lo peor de su ira.

—Muy bien —dijo ella entonces, echando a caminar por el campo a paso rápido—. ¿Supongo que los tienes a todos acampados en mi porche?

—Sabía que Ginny y Paul no estarían esta noche —dijo Ben.

Él había organizado las cosas para que su cuñada invitara a los hermanos de Colby a su casa a tomar helado de crema casero.

—Como si hubiera sido difícil adivinarlo —dijo ella sarcástica, mirándolo por encima del hombro.

Conocía a Ben desde el parvulario, y estaba segura de que él seguía considerándola una niñita desmandada, indómita y no muy inteligente, aun cuando era muy capaz de trabajar y hacer funcionar un rancho ella sola, y ya llevaba unos cuantos años haciéndolo. Deseó golpearle la dura mollera.

Ben le dio alcance y continuó a su paso.

—Colby, no llegues ahí como un polvorín. Estas personas no son del tipo a las que se les pueda presionar o mandonear.

Ella se detuvo tan bruscamente que él tuvo que enterrar los talones para no chocar con ella y tirarla al suelo.

—¿Presionar? Ellos son los que quieren presionarme a mí. ¿Cómo se atreven a venir aquí y actuar con tanta arrogancia que hasta me incitan a ordenarle al perro que los ataque? ¡Hombres! —Lo

miró furiosa—. Y otra cosa, Ben. En lugar de lamerles el culo al señor Monedero y a su séquito, podrías considerar lo que está ocurriendo aquí. Cada día me desaparecen cosas y unos duendes meten mano en la maquinaria. Ese es tu trabajo, ¿no?, no acompañar aquí y allá a los ricos e infames.

Diciendo eso reanudó la marcha, con todo su esbelto cuerpo femenino irradiando furia.

—Colby, tú y yo sabemos que hay un grupo de chicos que se dedica a hacer diabluras y gastar bromas —dijo él, con el fin de tranquilizarla—. Amigos de Paul, probablemente.

—¿Bromas? No creo que robar sea una broma. ¿Y qué hay de mi denuncia sobre la desaparición de una persona? ¿Has intentado encontrar a Pete?

Ben se pasó la mano por el pelo, desesperado.

—Lo más probable es que Pete Jessup esté durmiendo la borra. Por todo lo que sabes, ese viejo te ha robado cosas para pagarse la bebida.

Colby volvió a detenerse; esta vez él chocó con ella, y tuvo que cogerle los brazos cerca de los hombros para impedir que cayera al suelo.

Ella le apartó las manos golpeándose las, ofendida.

—Pete Jessup dejó de beber cuando murió mi padre, renegado. Ha sido valiosísimo para mí aquí.

—Colby —dijo él, en tono persuasivo y amable—, la verdad es que acogiste a ese viejo bobo por la pura bondad de tu corazón. Dudo que hiciera algo más que comerse tu comida cada día. Es un vaquero agotado, un vago. Simplemente se ha ido a alguna parte. Ya volverá.

—Eso es lo que tú dirías —dijo ella, sorbiendo por la nariz, verdaderamente fastidiada con él—. Qué típico de ti dejar de lado la desaparición de un viejo y el asunto de unos ladrones furtivos para poder alternar con unos idiotas ricos que han venido aquí con la intención de «robarme» a mis hermanos.

—Vamos, Colby, han demostrado que son agradables y aseguran que se toman a pecho el bien y los intereses de los niños. Lo menos que puedes hacer es escucharlos.

—Y seguro que tú estás de acuerdo con ellos, ¿verdad? Paul y Ginny no estarán mejor con esa gente. Tú no sabes nada del asunto ni de ellos. Paul acabaría siendo igual que ellos, tan arrogante que nadie podría soportarlo, y la pobre Ginny crecería pensando que es una ciudadana de segunda clase porque es mujer. ¡Pueden irse derechos al infierno, por lo que a mí me importa!

Aunque sólo estaba comenzando a anochecer y todavía había luz, de pronto unos nubarrones negros oscurecieron el cielo, como salidos de ninguna parte. En las alas de los oscuros nubarrones llegó un viento frío que le agitó fuertemente la ropa a Colby. Sintió bajar un escalofrío de aprensión por la columna. Notó que algo le tocaba la mente; lo sintió, sintió su fuerza, intentando entrar.

—¿Qué pasa?

Colby notó claramente la inquietud de Ben al verlo girarse lentamente a escudriñar el entorno. Tenía la mano apoyada en la pistola, sin saber qué los acosaba ni de dónde venía la amenaza, pero era evidente que también la sentía.

Se quedó muy quieta, sin mover ni un solo músculo, como un cervatillo a la vista de un cazador. Inmediatamente percibió que estaba en un peligro mortal. La malignidad iba dirigida a ella, no era hostil hacia Ben. Fuera lo que fuera, le golpeaba la mente, tratando de entrar. Hizo una inspiración profunda y espiró lentamente, obligándose a poner en blanco la mente, pensando en un muro, un muro alto, inexpugnable, una fortaleza en la que nadie pudiera entrar. Se concentró totalmente en el muro, en hacerlo fuerte, impenetrable.

La cosa pareció retirarse, tal vez perpleja por la fuerza de ella, pero pasado un momento volvió al ataque, con un golpe duro, como de lanza, que pareció perforarle el cráneo y dirigirse derecho a su cerebro. Sin poder evitar un suave grito de dolor, hincó una rodilla en el suelo y se cogió la cabeza entre las dos manos, al tiempo que se obligaba a respirar parejo y calmado. Su mente era fuerte, invencible, protegida por un muro tan alto y grueso que nadie lo rompería jamás. Fuera lo que fuera ese algo maligno que la acosaba, ella no le permitiría romper sus defensas.

Pasados unos minutos tomó conciencia de la enorme mano de Ben sobre su hombro. Estaba inclinado sobre ella mirándola solícito.

—Colby, ¿qué te pasa?

Ella levantó la cabeza, cautelosa. La presencia había desaparecido.

—La cabeza, Ben. Tengo un dolor de cabeza terrible.

Y era cierto, no era mentira. Nunca había experimentado nada semejante a ese ataque. En realidad, tenía revuelto el estómago, y no sabía si podría caminar. Fuera lo que fuera esa cosa, era fuerte y aterradora.

Ben le cogió el codo y la ayudó a incorporarse. Estaba temblando; él sentía sus temblores en la mano, así que la rodeó con el brazo. Ella no se apartó, como habría hecho normalmente, y eso lo preocupó.

—¿Quieres que llame a una ambulancia?

Los ojos verde esmeralda se rieron de él, aun cuando reflejaban dolor.

—¿Estás loco? Tengo un dolor de cabeza, Ben. La sola idea de contactar con la familia Chevez me produce fuertes dolores de cabeza.

—Tu hermano y tu hermana son miembros de la familia Chevez, Colby. Tú lo serías también si se hubieran finalizado los trámites de adopción.

Colby bajó la cabeza, pues sus palabras le golpearon el centro mismo del corazón. Armando Chevez nunca la adoptó. En su lecho de muerte le confesó sus motivos, con la cabeza gacha por la vergüenza y los ojos bañados en lágrimas, mientras ella le sostenía la mano. Él había deseado que su abuelo de Brasil se apiadara y lo aceptara de vuelta en la familia. Debido a las circunstancias del nacimiento de ella, él sabía que si la adoptaba, su abuelo no le permitiría volver a la familia. Y después ya fue demasiado tarde para llevar a su fin el papeleo. Armando Chevez se avergonzaba de haber traicionado el amor incondicional de ella por una familia que nunca contestó su carta cuando estaba moribundo. Ella continuó leal y amorosa, cuidándolo, leyéndole y consolándolo hasta el día en que murió. Y continuaba siendo leal a él. No le importaba que él hubiera muerto an-

tes que quedara consumada la adopción; Armando Chevez no era su padre biológico, pero era su padre de todas maneras; lo era en su corazón, que era donde importaba.

A ella nunca le importó ni la preocupó el odio que le tenía la familia Chevez, y quiso y seguía queriendo a Armando con todas las fibras de su ser; lo quería con la misma intensidad con que quería a sus hermanos. En su opinión, la familia Chevez no se merecía ni a Armando ni a sus hijos. Y los dos hermanos De la Cruz, matones y guardianes de la familia Chevez, podían irse derechos al infierno que los engendró, fuera el que fuera. Ellos eran los responsables directos del implacable odio del abuelo por ella. De no haber sido considerada digna de ser un miembro de la familia Chevez; tampoco lo fue su amadísima madre. El abuelo de Armando declaró que jamás las aceptaría en su ilustre familia, y dejó muy claros sus motivos: su madre no se había casado con su padre; en su certificado de nacimiento no aparecía ningún apellido, y el abuelo no aceptaría jamás a una ramera anglosajona en la pureza sanguínea de su familia.

Mientras daban la vuelta por la orilla de la huerta en dirección a la casa del rancho, aminoró el paso y dirigió la mente hacia su interior, concentrándola en su fuerza de voluntad y autodominio. Era importante que se mantuviera tranquila y relajada, y respirara naturalmente. Pasado un momento, alzó el mentón y continuó con la cabeza bien erguida hacia el encuentro con los todopoderosos hermanos De la Cruz y los miembros de la familia Chevez, que habían venido a robarle a sus hermanos y su rancho.

Los visitantes estaban reunidos en el pequeño porche. Juan y Julio Chevez se parecían tanto a Armando que Colby tuvo que pestañear para contener unas inesperadas y ardientes lágrimas. Tuvo que obligarse a recordar que esa era la familia que rechazó con tanta crueldad a su madre por haberla dado a luz sin estar casada. Esa era la cruel familia que no hizo el menor caso de las súplicas de su amadísimo padrastro y lo dejó morir sin haber recibido ni siquiera una palabra de ellos. Y lo peor de todo, habían venido con la intención de llevarse a Paul y Ginny y confiscar el rancho, el último legado de él a sus dos hijos legítimos.

Ben la vio alzar el mentón y exhaló un largo suspiro. Conocía a Colby desde que era muy pequeña; tenía una vena tozuda de un kilómetro de ancho. Si esos hombres la infravaloraban porque era joven y hermosa, porque se veía pequeña y frágil, los esperaba una enorme sorpresa. Colby era capaz de mover montañas si se lo proponía. Nunca había conocido a ninguna otra persona tan resuelta ni con tanta fuerza de voluntad. ¿Quién si no ella podría haber cuidado de un hombre moribundo y llevado ese inmenso rancho con la sola ayuda de un vaquero viejo y agotado y dos niños?

Colby caminó directa hasta los dos hombres, con sus esbeltos hombros bien derechos y su pequeño cuerpo lo más erguido posible.

—¿Qué se les ofrece, señores? —dijo, en tono educado, frío, indicándoles con un gesto los dos sillones del porche en lugar de invitarlos a entrar en la casa—. Leí atentamente los papeles que me enviaron y creo que ya les di mi respuesta. Ginny y Paul son ciudadanos de Estados Unidos. El rancho es su herencia y se me ha confiado la tarea de conservarlo para ellos. Eso es un documento legal. Si desean impugnarlo, pueden llevarme a los tribunales. No tengo la menor intención de entregar a mis hermanos a personas totalmente desconocidas.

En ese momento salió un hombre de las sombras. Al instante ella pasó la mirada a su cara, y se le aceleró el corazón. Era curioso que no lo hubiera visto inmediatamente. Se veía borroso, como si formara parte de la creciente oscuridad. Cuando él se puso bajo la luz del porche vio que era alto y musculoso, muy imponente; su cara revelaba una especie de sensualidad dura; tenía los ojos negros y fríos; llevaba el pelo largo, recogido en la nuca, sujeto ahí por algo.

Todos sus instintos le chillaron, como campanillas de alarma.

Él levantó una mano, silenciando a Juan Chevez antes que pudiera hablar. Ese gesto imperioso con que hizo callar al orgulloso y muy rico brasilero, le aceleró más aún el corazón. Tuvo la impresión de que él le oía los retumbantes latidos del corazón. Los hermanos se apartaron y él avanzó en silencio. La separación de las aguas del Mar Rojo, pensó ella, algo histérica. ¿Sería miedo lo que vio pasar por los ojos de los hermanos Chevez?

Se mantuvo erguida y firme, temblando, sintiendo las piernas como goma, temiendo que se le doblaran y no la sostuvieran. Ese hombre la asustaba. En su boca se insinuaba un leve *rictus* de crueldad, y jamás había visto unos ojos tan fríos, como si no tuviera alma. Se obligó a mantenerse firme, sin mirar a Ben para tranquilizarse. Era evidente que ese hombre era capaz de matar sin pensarlo dos veces. Eso reforzaba su resolución de mantener con ella a sus hermanos. Si los Chevez lo usaban a modo de protección, ¿qué decía eso de ellos? Lo miró desafiante. Él se le acercó otro poco, fijando sus ojos negros en los verdes de ella; al instante sintió un tirón magnético; reconoció el contacto, el ataque; era el mismo que intentó entrar en su mente cuando estaba con Ben en el campo.

Alarmada, retrocedió un paso y desvió la vista hacia las desgastadas botas de Ben. ¡Ese hombre tenía poderes psíquicos igual que ella!

—Soy Nicolas de la Cruz —dijo él, con voz muy suave, una voz tan magnética como sus ojos—. Deseo que escuche a estos hombres. Han hecho un largo viaje para verla. Los niños son de su sangre.

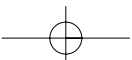
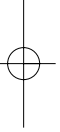
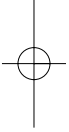
La forma como dijo «sangre» le hizo bajar un escalofrío por todo el cuerpo. No había levantado la voz. Hablaba de modo tranquilo y reposado. Su voz era un arma potente, hipnótica, y ella la reconocía como tal. Si él la empleara en un tribunal de justicia para hablarle al juez, ¿podría rebatirlo? Sinceramente, no lo sabía. Incluso ella era susceptible a esa voz. Le dolía terriblemente la cabeza; se colocó una mano en la frente y se presionó las sienes. Él la estaba presionando sutilmente para que hiciera lo que le pedía.

No tardó en comprender que no sería capaz de resistirse mucho rato a esa implacable fuerza. Sentía la cabeza como si le fuera a estallar. El orgullo era una cosa, la estupidez otra muy diferente.

—Voy a tener que pedirles, señores, que se marchen. Por desgracia, este es un mal momento para mí. Creo que estoy enferma. —Presionándose la frente con una mano, se giró hacia Ben—. ¿Me harías el favor de acompañarlos, y yo procuraré programar otra reunión cuando me sienta mejor? Lo siento.

Acto seguido, abrió la puerta de la casa, entró y corrió hasta la seguridad de su dormitorio. Nicolas de la Cruz sería un enemigo po-

deroso. El dolor de cabeza que le había producido luchar contra su ataque mental la había enfermado físicamente. Hundiendo la cara en el cubrecama hizo respiraciones profundas, y continuó así hasta que sintió remitir lentamente la presión. Se quedó ahí un largo rato, aterrada por sus hermanos, y aterrada por sí misma.



Capítulo 1

El enorme castaño bufaba y resoplaba, moviendo los ojos como enloquecido, dando pasos hacia los lados, nervioso, agitando la cabeza y tensando las patas.

—Sujétalo firme, Paul —se apresuró a decir Colby a su hermano.

Justo en ese instante, dominado por una oleada de violencia, el animal se giró bruscamente, soltándose de la precaria sujeción del chico por las bridas.

—No puedo, hermanita —gritó él, haciéndose a un lado para protegerse, mirando angustiada la esbelta figura de su hermana.

Totalmente encabritado, el castaño corcoveaba, girando y dando coces contra la reja del corral al aire libre, con resonantes golpes que hacían temblar los postes y hasta el mismo suelo. Paul hizo un gesto de pena, con la piel trigüeña pálida bajo el oscuro bronceado. Colby salió volando y se golpeó dos veces contra los travesaños de la reja antes de caer al suelo y pasar rodando por debajo del travesaño para resguardarse.

—¿Cómo estás, Colby? —le preguntó Paul, nervioso, corriendo a arrodillarse a su lado en el polvoriento suelo.

Ella gimió y rodó hasta quedar de espaldas para mirar hacia el oscurecido cielo, y sus labios llenos se curvaron en una sonrisa sin humor.

—Qué manera más estúpida de ganarse la vida —dijo, distraída.

Se sentó y con el dorso de la mano se apartó de la frente los mechones de pelo color oro rojo mojados que se le habían escapado, dejándose una mancha de tierra—. ¿Cuántas veces me ha arrojado al suelo ese inútil animal?

—¿Hoy o en total? —bromeó él, y al instante se le borró la sonrisa cuando ella posó en él todo el poder de su mirada—. Seis —contestó solemnemente.

Con sumo cuidado ella se puso de pie y se quitó el polvo de sus desgastados y desteñidos tejanos Levis. Pesarosa se miró la blusa, ahora rota.

—¿Quién es el dueño de este animal, por cierto? Vale más que sea alguien que me caiga bien.

Paul pasó lentamente la mano por su sombrero, quitándole el polvo, evitando mirarla. A menos que se tratara de un caballo al que había que entrenar para un rodeo, Colby le permitía encargarse de todos los detalles. Suerte peor, imposible.

—De la Cruz —musitó, cohibido.

A sus dieciséis años, era más alto que su hermana. Delgado y bronceado, ya tenía los músculos de un jinete y era insólitamente fuerte para su edad. Su cara tenía la estampa de un chico mucho mayor. Pero sostenía su desgastado sombrero de ala plana casi como una ofrenda de expiación ante su hermana.

Se hizo un silencio y hasta el viento pareció retener el aliento; incluso el castaño dejó de resoplar y piafar mientras Colby lo miraba horrorizada.

—¿Nos referimos al mismo De la Cruz que ordenó que hiciéramos nuestras maletas y nos marcháramos del rancho de nuestro padre porque yo soy una mujer y tú un niño? ¿Ese De la Cruz? ¿El De la Cruz que me «ordenó» que os entregara a ti y a Ginny a la familia Chevez, y me produjo un terrible dolor de cabeza con su insultante y asqueroso comportamiento machista? —Su voz ronca y suave era casi aterciopelada y no se movía ni un sólo rasgo de su cara de delicada perfección; sólo sus enormes ojos revelaban su malhumor—. Dime que no estamos hablando de «ese» De la Cruz, Paulo. Miénteme, para que yo no cometa un asesinato.

Sus brillantes ojos prácticamente echaban chispas.

—Bueno —dijo él, algo a la defensiva—, fue Juan Chevez el que trajo los caballos, dieciséis caballos. Teníamos que aceptarlos, Colby. Paga muy bien, y necesitamos el dinero. Tú misma has dicho que Clinton Daniels nos presiona por el último pago del préstamo, que es la suma mayor.

—No su dinero —dijo Colby, impaciente—. Jamás su dinero. Es dinero de mala conciencia, por sus pecados. Encontraremos otras maneras de pagar ese préstamo.

Agitó la cabeza para despejársela de la ira que se la había inundado como salida de la nada, se golpeó con el sombrero el muslo ceñido por la gruesa tela de los Levis, y masculló en voz baja unas cuantas palabrotas muy impropias para una dama.

—Juan no tenía ningún derecho a ofrecerte los caballos a mis espaldas. —Miró la cara demudada de su hermano y se le evaporó la rabia, como si no la hubiera sentido en ningún momento—. No es culpa tuya. Yo debería haber supuesto que ocurriría algo así, para advertírtelo. Desde que apareció por aquí esa familia, ese hombre De la Cruz no ha sido otra cosa que un problema. Ya hace casi tres años que escribí la carta a la familia Chevez en nombre de nuestro padre. ¿No es un maldito milagro que finalmente hayan decidido darse por enterados? —Se giró hacia el castaño y lo miró atentamente, recelosa—. Probablemente este caballo es su manera de librarse de mí para poder teneros a vosotros. Sin mí para estorbarlos podrían tener la posibilidad de llevaros con ellos a su infierno sudamericano. Y de paso robaros vuestra herencia.

Colby era baja, de cuerpo esbelto con suaves pero bien marcadas curvas, grandes y profundos ojos verdes sombreados por largas pestañas oscuras y abundante y sedoso pelo largo. Sus delicados y bien torneados brazos ocultaban músculos fuertes. Unas cicatrices blancas le estropeaban la piel bronceada de los brazos y de las pequeñas manos, como muestra de sus años de duro trabajo. Paul sintió una oleada de orgullo al ver aparecer el hoyuelo de su mejilla junto a la comisura de sus labios. Sabía cuánto destestaba ella sus cicatrices y sus manos, y sin embargo eran una parte muy impor-

tante de ella. No había nadie como Colby, tan libre, tan indómita, tan poco convencional.

—Viven en un rancho de miles de millones de dólares —comentó—. Mucho lujo. Seguro que tienen una piscina y nada de trabajo. Mujeres bonitas. A mí se me antoja que es una buena vida. Tal vez hay una conspiración y yo estoy metido en ella.

—¿Quieres decir que te dejarías sobornar?

Él se encogió de hombros y sonrió haciéndole un guiño travieso.

—Si el precio es interesante, nunca se sabe. —Intentó agitar las cejas y no lo consiguió. Entonces añadió—: No tienes por qué preocuparte, Colby. No creo que De la Cruz sepa que Juan nos trajo los caballos. En todo caso —encogió los hombros, en gesto pragmático—, el dinero es dinero.

—Así es, chico —suspiró Colby.

A los diecisiete años Colby se había echado al hombro la responsabilidad del rancho y el cuidado del hermano de once años y la hermana de seis, después que el horrible accidente de un avión pequeño matara a su madre y dejara a Armando paralítico. Eso lo hizo sin emitir ni siquiera un murmullo de protesta. Dos años después del accidente, su padrastro insistió en que le escribiera a su familia de Brasil pidiéndoles que vinieran inmediatamente; sabiendo que se iba a morir, había dejado de lado el orgullo para pedir ayuda para sus hijos. Nadie contestó la carta, y su amadísimo padre murió rodeado por sus hijos, pero sin sus hermanos ni hermanas. A sus dieciséis años, Paul ya era capaz de valorar lo que le habían costado a Colby esos cinco años; hacía todo lo posible por llevar parte de la carga, comprendiendo, por primera vez en su vida, lo que era preocuparse verdaderamente por otra persona. Cada vez que un caballo la arrojaba al suelo sentía latir más de prisa el corazón.

Colby nunca se quejaba, pero él veía día tras día más señales de cansancio en ella, por el exceso de trabajo y esfuerzo. Sin duda estaba magullada de la cabeza a los pies. Sus ojos de águila observaron que se tenía cogido el brazo izquierdo, como para protegerse.

—¿Quieres tomarte un descanso? El sol ya se ha puesto —sugirió, esperanzado.

Colby negó con la cabeza, pesarosa, agitando su pelo rojo.

—Lo siento, cariño. No puedo permitir que este animal se haga la idea de que es el jefe. Volvamos al trabajo.

Sin un asomo de miedo, entró en el corral y cogió las riendas del inmenso animal.

Paul la observó, como había hecho mil veces antes; qué frágil se veía su pequeña y delgada figura junto al caballo medio salvaje, y sin embargo rezumaba confianza y seguridad. Colby se había creado toda una fama como domadora, y muchos de los principales jinetes de rodeo le traían sus caballos recién adquiridos, de todas partes de Estados Unidos. Normalmente ella dedicaba semanas y meses a domarlos y amansarlos, con suma paciencia. Tenía una afinidad especial con los animales, con los caballos en particular. Por lo general, sus métodos eran más duros para ella que para los caballos. Eran los casos en que tenía que domarlos rápido, como en esa ocasión, los que más lo preocupaban a él.

El rancho era pequeño, y dedicado sobre todo a los caballos; las pocas reses vacunas y el terreno para pasto que tenían, eran para el uso de la familia. Era una vida dura, pero buena. Su padre, Armando Chevez, había llegado al país en un viaje que hizo para comprar caballos para su adinerada familia de Brasil; buscaba purasangres de otras razas para los enormes ranchos, o haciendas, que tenían en Sudamérica. Entonces fue cuando conoció a Virginia Jansen, la madre de Colby, y se casó con ella. Este matrimonio no fue del agrado de su familia y quedó prácticamente desheredado.

Colby nunca le dijo a su padre que había encontrado la carta del patriarca de los Chevez en que le decía que debía dejar a la «americana promiscua, ávida de dinero y a su hija bastarda» y volver a casa inmediatamente si no quería que toda la familia considerara que para ellos había muerto.. Ella no tenía idea de quién era su padre biológico y no podía importarle menos. Quería a Armando Chevez y lo consideraba su verdadero padre; él la había querido, protegido y cuidado como si hubiera sido de su sangre. Paulo y Ginny eran sus hermanos, formaban su familia, y los protegía con fiereza. Estaba resuelta a que ellos entraran en posesión del rancho cuando fueran

mayores de edad, tal como había planeado Armando Chevez. Era lo menos que ella podía hacer por él.

Aquella tarde había sido larga, y el anochecer le pareció que sería más largo aún. Paul apretaba los dientes y soltaba unas cuantas maldiciones en voz baja cuando, una y otra vez, el enorme castaño se soltaba de su sujeción y la lanzaba volando por los aires y ella caía al suelo o chocaba contra los travesaños de la verja con tal fuerza como para romperse los huesos.

Llegó Ginny, colocó en el suelo una cesta con termos de limonada y trozos de pollo frito, y se sentó fuera del corral, con un puño metido en la boca y sus grandes ojos castaños, redondos de ansiedad, fijos en su hermana.

Colby sujetó con más fuerza las riendas, con sus delicados rasgos marcados por la resolución. Bajó la cabeza para limpiarse en la manga el hilillo de sangre que le salía por la comisura de la boca. Bajo el cuerpo sintió cómo los potentes músculos del caballo comenzaban a tensarse e hincharse. Paul avanzó un paso, sujetando las bridas con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos. El enorme animal intentó bajar la cabeza; Colby se lo impidió con pericia. Mientras tenía lugar ese combate, a Paul lo maravilló el dominio de ella. Entonces el caballo se liberó nuevamente de su sujeción y se movió de un lado a otro del corral, corcoveando, girando y caracoleando.

Ginny se puso de pie de un salto y se cogió de la reja, observando impresionada la pericia con que Colby se anticipaba a cada movimiento del castaño. Dos veces Paul tuvo la seguridad de que el animal lo iba a arrojar volando hacia atrás. Pero Colby estaba resuelta a continuar dominándolo, con todo su ser concentrado en el caballo.

Rafael de la Cruz aparcó la camioneta cerca de un reborde rocoso de la montaña desde el que se dominaba todo el valle. Detrás de él la montaña se elevaba abrupta, toda cubierta por un denso bosque de pinos y abetos. La mujer que iba sentada a su lado lo tocó con una uña pintada de rojo, muy evocadora de una garra ensangrentada. Se la miró un momento y luego se inclinó hacia ella, bruscamente, indi-

ferente, y le apartó un mechón de pelo de la arteria del pulso que le latía fuertemente en el cuello. Intentó recordar su nombre; era una mujer que se consideraba importante en el pequeño mundo que él habitaba en esos momentos, pero que a él no le despertaba ningún interés. Lo único que le importaba eran los latidos de su corazón, que sonaban parejos, llamándolo.

Era una presa, como todas las demás. Sana, fuerte. Una mujer que deseaba acostarse con un hombre rico y poderoso. Eran muchísimas las mujeres que se sentían atraídas por los hermanos De la Cruz, como las polillas a las llamas. Ella giró la cabeza hacia él, y al instante él captó su mirada, hipnotizándola. No valía la pena.

Le enterró un colmillo en el cuello y se alimentó. Bebió hasta quedar satisfecho, al tiempo que combatía a la bestia que amenazaba con surgir, exigiéndole que la matara, susurrándole acerca del poder último, definitivo, acerca de la emoción, acerca de «sentir». Valdría la pena, aunque sólo fuera para «sentir» una sola vez, aunque fuera una milésima de segundo. La mujer no era nada para él, le era inútil, a no ser como presa; fácil de dominar, fácil de matar.

Ella se desplomó sobre él, y el movimiento lo sacó del trance de la bestia. Le cerró el diminuto agujerito dejado por el pinchazo, curándose con una lamida. La contempló un momento y luego la apartó de un empujón, despectivo, dejándola desplomada en el asiento. Era como todas; dispuesta a venderse al mejor postor, a acostarse con un hombre que era prácticamente un desconocido, debido a su riqueza y poder. Llevaban vestidos escotados, reveladores, para atraer a los hombres. Eran muchísimas, como rebaños o ganados. Esta le había puesto el señuelo a un predador, creyéndose la seductora, pensando que lo atraía a su red sexual.

Bajó de la camioneta, a inspirar el aire nocturno, y comenzó a pasearse cerca del borde del despeñadero, con sus sensuales rasgos marcados por una seguridad dura, cruel. Estaba acostumbrado a la obediencia instantánea; estaba acostumbrado a manipular la mente de sus presas humanas.

Tanto él como Nicolas deseaban volver a su terruño en Sudamérica, en la selva del Amazonas. Ansiaban estar de vuelta en su mun-

do, en su hacienda, donde imperaban y su palabra era ley; ansiaban volver a la selva vecina, donde podían cambiar de forma siempre que querían sin temor a ser vistos; volver al lugar donde la vida transcurría sin complicaciones. Pero para poder volver tenían que llevar a cabo un pequeño trabajo: convencer a una hembra humana de que hiciera lo que deseaba la familia Chevez.

En cumplimiento de la petición que su príncipe les hiciera hacía cientos de años, Nicolas y él cazaban vampiros en Sudamérica. Era lo mínimo que podían hacer por su raza en peligro de extinción. Deseaban volver al país que había sido su terruño y su forma de vida esos cientos de años. Les era difícilísimo permanecer mucho tiempo en ese país desconocido. Pero la familia Chevez, que había servido lealmente a la familia De la Cruz durante cientos de años, necesitaba su ayuda, y ellos estaban obligados por el honor a dársela. El problema era una pequeña hembra humana.

Nicolas ya había ido a visitarla para someterla, intentando entrar por la fuerza en su mente y dándole una firme orden, pero, ante su sorpresa y disgusto, no le había funcionado. Ella se volvió aún más tozuda y se negaba a hablar con cualquier miembro de su familia. En todos los siglos de su existencia, jamás había ocurrido una cosa así. Era posible dominar y manipular a todos los humanos. Ahora le tocaba a él hacer su parte del trabajo, aunque eso significara tomar de su sangre para obligarla a obedecer. Cuando los hermanos deseaban algo, lo que fuera, lo obtenían. Ella no les sería un estorbo. Se le movió un músculo en la mandíbula sombreada por la barba de unas horas. De una u otra manera, tendrían lo que deseaban.

Suspirando, levantó la vista hacia las estrellas. No había nada para aliviar las despiadadas e implacables noches. Se alimentaba; existía; combatía a los vampiros; hacía todos los movimientos de la vida diaria, pero no sentía nada aparte de hambre; un hambre insaciable; la susurrada llamada del poder para matar. Ser capaz de sentir. ¿Cómo sería enterrar los dientes hasta el fondo en carne humana y agotarle la sangre a la presa, para sentir algo, cualquier cosa, aunque fuera unos momentos? Miró hacia atrás, a la mujer que estaba en la camioneta, sintiendo el insidioso susurro de la tentación.

«¡Rafael! —dijo la voz de Nicolas, en tono de dura reprimenda—. ¿Quieres que vaya a ti?»

Rafael negó con la cabeza, rechazando esa omnipresente tentación.
«No cederé esta noche.»

Recorrió el oscuro cielo con la mirada, observando a los murciélagos lanzarse en picado realizando su ballet nocturno. La brisa le traía información secreta. Se sentía inquieto, sus sentidos le decían que podría haber un vampiro cerca, pero él era incapaz de hacer salir al no muerto de su guarida, si es que había alguno en la zona. Probablemente se había ocultado bajo tierra en el instante en que aparecieron Nicolas y él, y estaba esperando a que se marcharan para salir.

Oyó sonidos de voces distantes, traídos por la brisa. Voces alarmadas. Suaves. Era una bella cadencia que le tocaba una cuerda en lo profundo de su interior. Oía la voz, una voz melodiosa, pero no entendía las palabras. Caminó hasta llegar al borde de la abrupta pendiente. Por el rabillo del ojo vio algo que le captó la atención. Miró la escena que se desarrollaba abajo y su ardiente mirada se quedó clavada en el caballo y su jinete. Contemplando a la pequeña mujer montada en el inmenso caballo se sintió embargado por una especie de alucinante conmoción. Hacía casi mil setecientos años que no veía los colores ni sentía una emoción. Y en ese momento, en un abrir y cerrar de ojos, observando la escena que se desarrollaba en el pequeño corral al aire libre, el caballo y la jinete enzarzados en una batalla, todo cambió.

Veía sus brillantes cabellos del color del fuego; veía el azul desvaído de sus tejanos y el rosa claro de su blusa. Veía al caballo, de bruñido color cobrizo, agitando la cabeza, encabritado, girando y corcoveando. El tiempo pareció aminorar la marcha para que se le grabaran todos los detalles en la mente: el centelleo de las hojas de los árboles con su brillo plateado, los colores de la tierra, la hierba y el heno; los matices plateados del agua resplandeciendo como un espejo en un lago lejano. Le salió bruscamente todo el aire de los pulmones y se quedó muy quieto, como una parte de la montaña en que estaba, absolutamente inmóvil por primera vez en toda su existencia.

A su espalda sintió un movimiento de la mujer que estaba en la camioneta, pero ella no le importaba; estaba despertando, adormila-

da, segura de que habían hecho el amor y había sido arrollada por las atenciones de él. El chico adolescente y la niña que estaban cerca del corral abajo no le importaban; tampoco le importaban sus hermanos que estaban esperando en su hacienda de Brasil, ni Nicolas, que estaba esperando ahí en ese tan populoso país, ni la familia Chevez. Sólo le importaba esa jinete.

Colby Jansen. Por instinto supo que la jinete era Colby Jansen; la desafiante. Toda fuego y hielo como las montañas entre las que vivía, las montañas que amaba, a las que se aferraba con tanta fiereza. La observó atentamente, con sus ojos negros y hambrientos. Continuó así inmóvil un buen rato, con la mente hecha un caos, sintiendo pasar las emociones, chocando entre ellas, rápidas y enardecidas; las emociones guardadas en alguna parte durante cientos de años pasaban por él como lava ardiente, obligándolo a clasificarlas a una velocidad horrorosa.

Tenía cuatro hermanos, todos capaces de comunicarse por telepatía; podían contactar a voluntad. Contactó con ellos, por la ruta común que usaban ellos, para contarles lo de los colores, lo de esa desconocida y violenta agitación de su cuerpo, la marejada de hambre. Él no tenía experiencia en esas cosas.

«Sólo puede ser tu pareja de vida» —contestaron.

«Es humana, no carpatiana.»

«Dicen que hay algunas a las que se puede convertir. La pareja de vida de Riordan no era carpatiana.»

La emoción y el deseo sexual elevándose juntos eran abrumadores, una bola de fuego recorriéndole las entrañas a la velocidad del rayo, haciéndole hervir la sangre, agudizándole los apetitos. Se desperezó, estirándose como un felino grande de la selva. Bajo la delgada seda de la camisa se le contrajeron los cordones de músculos. Colby Jansen le pertenecía a él, a ningún otro. No deseaba a ningún otro cerca de ella, ni a los hermanos Chevez ni a Nicolas, que la habían visto primero. Sintió hincharse a la bestia que llevaba dentro, rápida y feroz, ante la idea de ella con otro macho, fuera mortal o inmortal. Se quedó muy quieto, obligándose a dominarse. Peligroso en cualquier momento, reconocía que lo sería aún más en el estado en que se encontraba.

«Es muy desagradable, Nicolas. No me creo capaz de soportar que otros machos se le acerquen. Nunca había sentido estas emociones. Nunca había sentido tantos celos ni tanto miedo.»

Eso era un aviso y los dos hermanos lo reconocieron como tal. Pasado un corto silencio, Nicolas contestó:

«Me iré de aquí, Rafael, a las altas montañas del este. No hay nadie en la hacienda, y esperaré ahí a que soluciones esto.»

Como siempre, Nicolas estaba tranquilo y sereno, con una reposada y confiada cordura que incitaba a los demás a tomar la dirección que él deseaba que tomaran. No expresaba su opinión con frecuencia, pero cuando lo hacía sus hermanos le hacían caso. Era un luchador oscuro y peligroso, probado muchísimas veces a lo largo de los años. Los hermanos estaban conectados y se habían mantenido unidos a lo largo de los siglos, contando los unos con los otros para mantener vivos los recuerdos que conservaban intacto su código de honor, contando los unos con los otros para mantener a raya los insidiosos susurros del poder de matar.

*«Obrigado.»**

Cerró fuertemente los puños, hasta que se le pusieron blancos los nudillos, observando el drama que se desarrollaba abajo. Esa mujer, pequeña y frágil, humana, se empeñaba en hacer un trabajo peligroso, como para romperse los huesos. Descubrió que el aguante de un hombre tiene sus límites cuando siente emociones; descubrió que no soportaba verla sobre el lomo de ese animal encabritado.

Ella cayó al suelo, con un fuerte golpe, su cuerpo pequeño y frágil, y el inmenso castaño daba coces con sus potentes y peligrosos cascos a escasos centímetros de ella. Rafael dejó de respirar; se le paró el corazón. Colby rodó hacia un lado, liberándose del peligro, y le dijo algo a su hermano, que cogió las bridas. Y un instante después, ella estaba nuevamente montada en la silla.

Rafael se hartó, no pudo soportarlo más.

* *Obrigado*: Gracias, en portugués. Las palabras o expresiones en cursiva están en portugués o castellano en el original. (*N. de la T.*)

Ginny fue la primera que vio a los intrusos, al oír el rugido de la nueva y reluciente camioneta pick-up 4x4 avanzando por el camino de tierra. El conductor la aparcó en el montículo cubierto de hierba a unos cuantos metros de la serie de corrales exteriores. Los dos ocupantes miraron por las ventanillas el combate entre caballo y jinete.

Al oír el grito de alarma de Ginny, Paul se giró a mirar. Toda la sangre le abandonó la cara, dejándolo pálido y tenso. Impulsivamente se subió al travesaño de la reja del corral, ocultando con su cuerpo a su hermana pequeña y cogiéndole la muñeca protectoramente.

El conductor bajó del coche y atravesó el camino, avanzando con movimientos ágiles, fluidos, potentes y coordinados. Una ondulante musculatura felina le daba al desconocido la apariencia de un predador; parecía ser un hombre duro, frío, peligroso. Era alto, de hombros anchos, con cordones de músculos que se notaban bajo la delgada camisa de seda. Llevaba recogido en la nuca su abundante y largo pelo negro ondulado; su semblante de rasgos duros e implacables denotaba fuerza y sensualidad. Se veía elegante y masculino al mismo tiempo. Ese tenía que ser Rafael de la Cruz. Ya habían conocido a Nicolas, que era bastante amedrentador, pero este parecía rezumar amenaza por todos los poros.

Rafael saltó la reja con la agilidad de un felino de la selva, pasando varios centímetros por encima del travesaño de arriba. Cogió al caballo encabritado, bajándole la cabeza, y le ordenó que obedeciera, con una autoridad que hasta el animal pareció reconocer.

Horrizado, Paul sólo podía mirar. Sólo Dios sabía qué haría Colby; tuvo la deprimente sensación de que podría darle un puñetazo al desconocido, y él no lograba imaginarse vencedor en una pelea a puñetazos si se veía obligado a defender a su hermana.

El castaño ya actuaba como un corderito, y cuando Rafael retrocedió para darle espacio, Colby procedió con suma pericia a ejercitar al caballo haciéndolo dar unas cuantas vueltas por el corral.

Con su semblante moreno toda una máscara de indiferencia, Rafael se le acercó, le rodeó la cintura con un brazo y la levantó sacándola de la silla. Su fuerza era enorme, y prácticamente la tiró al suelo.

Ginny se aferró a Paul, haciendo una brusca y audible inspiración. ¿Cómo había podido ese hombre atreverse a hacer eso? Consternada, miró hacia la mujer que estaba mirando desde la camioneta con aire de molestia y fingido aburrimiento. ¡Humillar a Colby de esa manera!

En el momento en que él le pasó el brazo por la cintura, Colby sintió una inesperada conexión. De él salió un calor que le entró por los poros de la piel y se extendió por todo su torrente sanguíneo. Sintió subir el rubor a la cara cuando se liberó de la sujeción de él. Alzó el mentón y lo miró con un brillo peligroso en sus ojos color esmeralda.

—Gracias, ¿señor...?

Su voz sonó aterciopelada, exagerando el tono de paciencia. Sabía muy bien que ese tenía que ser el otro odioso De la Cruz. ¿Quién, si no? Eso era lo que le faltaba esa noche. Más aflicción y problemas.

Él se inclinó levemente, desde la cintura, en un gesto curiosamente cortésano.

—De la Cruz. Rafael de la Cruz, para servirla. Creo que conoció a mi hermano Nicolas y, claro, a Juan y Julio Chevez. Usted, sin duda, es Colby Jansen.

Ella cogió el sombrero que le pasaba Paul y lo golpeó en la pierna para quitarle el polvo. Sus ojos recorrieron la imponente figura de Rafael, se detuvieron en sus anchos hombros y luego pareció descartarlo.

—¿A qué debemos este honor? —preguntó, en un tono tan sarcásticamente meloso que incluso Paul hizo un mal gesto—. Pensé que con su hermano habíamos hablado de todo lo necesario en nuestro último encuentro «amistoso».

Él le escrutó detenidamente la cara y sus glaciales ojos negros se detuvieron en su exuberante boca, en el delgado hilillo de sangre que le salía por la comisura de los labios. Se le encogieron las entrañas de calentura y el deseo se reflejó momentáneamente en sus ojos.

—¿Y creyó que íbamos a renunciar con tanta facilidad?

Su voz le rozó la piel, suave, dulce, magnética. Colby sintió físicamente su caricia, sintió el deslizamiento de las yemas de sus dedos por ella, haciéndole discurrir llamas por todo el cuerpo, aun cuando él tenía las manos a los costados.

Se sacudió el efecto de su voz y de sus ojos concentrando la atención en la mujer que estaba en la cabina de la camioneta.

—¿Su amiga está enferma?

Al oírla, la mujer levantó la cabeza y la miró fijamente. Abrió la puerta y se giró con mucha lentitud en el asiento, enseñando unas piernas largas con zapatos de tacón de aguja. Era una rubia alta y cimbreña, de piel blanquísima, y maquillada a la perfección. Con su fresco vestido color lavanda parecía una modelo. No se tomó la molestia de disimular su desprecio mientras se acercaba, mirando a Colby de arriba abajo, fijándose intencionadamente en sus tejanos desteñidos y polvorientos, en la blusa rota, la cara surcada por polvo y los desordenados mechones que se le escapaban de la trenza.

Muy consciente del contraste entre su apariencia y la de esa mujer, de las cicatrices en las manos y brazos, de los mordiscos y golpes de cascos, levantó la mano para arreglarse un poco el desordenado pelo, pero antes que lograra tocárselo, Rafael le cogió la muñeca y le bajó el brazo, con expresión dura. Una especie de corriente eléctrica pasó entre ellos, saltando de la piel de él a la de ella y de la de ella a la de él. Colby volvió a sentir ese excitante calor abrasador, que le espesaba la sangre. Se miraron a los ojos un momento, en reñido enfrentamiento, y por entre ellos pasó una terrible avidez sexual, devorándolos.

Colby alzó el mentón de esa manera desafiante que Paul y Ginny conocían tan bien. Retiró la mano de la de él, disgustada por la forma como su cuerpo parecía adquirir voluntad propia en presencia de aquel hombre.

—Louise Everett —se presentó la mujer, poniendo una mano en el antebrazo de Rafael en gesto posesivo—. Conoce a mi hermano Sean y a su mujer, Joclyn. Los De la Cruz, sus sirvientes y yo estamos alojados en el rancho de Sean —explicó, como si quisiera dar a entender que ella había llegado con la familia De la Cruz—. Cuando se enteraron de que Rafael iba a venir conmigo a verla, me pidieron que le diera un mensaje. —Hizo una pausa para mirar desdeñosa los surcos de polvo que le ensuciaban la frente a Colby—. Joclyn desea que su hija reciba clases de equitación. —Se examinó sus largas uñas,

por si detectaba alguna imperfección—. Aunque a mí me parece que ese caballo la ha arrojado al suelo más de una vez. Mi deseo es que mi sobrinita, tan terriblemente lisiada, aprenda de una persona cualificada, una persona competente.

Paul hizo una brusca inspiración, muy audible. Colby era una profesional; la mejor; su fama como domadora y entrenadora de caballos se extendía por todo el país. Deseó que esos esnobs se marcharan antes que él perdiera los estribos e hiciera alguna estupidez. Avanzó un paso en actitud agresiva, con las manos cerradas en puños; no le importaba si De la Cruz era un hombre peligroso y capaz de convertirlo en una sanguinolenta papilla; nadie iba a poner a Colby en esa posición y salir impune, estando él presente. Y esa alusión a los sirvientes de los De la Cruz; la mujer se refería a los hermanos Chevez. Él era un Chevez, igual que Ginny. ¿Significaba eso que si la familia conseguía llevárselos a Brasil ellos serían criados y no los propietarios del rancho? Por el rabillo del ojo vio a Ginny; estaba mirando tan furiosa como él.

—Ha habido un error —dijo Colby, en un tono, si acaso, más suave que el habitual. Diciendo eso fue hasta la cesta a coger un termo con limonada, más para evitar darle un puñetazo a De la Cruz que por otra cosa; de eso Paul estaba seguro. Tenía en los ojos esa expresión que él conocía muy bien—. No doy clases de equitación, señorita Everett. No tengo tiempo para nada de ese estilo. —Sus ojos verdes pasaron a los rasgos duros de Rafael—. Es evidente que el señor De la Cruz tiene tantos «sirvientes» para llevarle el rancho que se ha olvidado de lo que realmente entraña el trabajo arduo.

«Sobrinita lisiada»; esas palabras le resonaban tanto en la cabeza que deseó taparse los oídos para apagar el sonido y borrar la imagen de la pobre niña no amada por su tía.

Los glaciales ojos negros de Rafael parecían arder, pero sus marcados rasgos continuaban impassibles. Entonces se movió, pareció «deslizarse» o «flotar» por el suelo, apenas una ondulación de músculos y tendones. Ella pestañeó y él ya estaba a su lado, muy cerca, y se inclinó a quitarle el hilillo de sangre de la comisura de la boca con la yema del pulgar. Le dio un vuelco el corazón ante su contacto; su

cuerpo lo deseaba, ansiaba el de él. La sensación era condenadamente enloquecedora, y deseó ponerle fin. Comprendió que él sería sexualmente dominante; eso era algo innato, lo llevaba en la sangre y los huesos; a su mujer le exigiría que le diera todo, la poseería, hasta que no hubiera vuelta atrás, jamás. Y ella, que se enorgullecía de su independencia, detestaba ser tan vulnerable a su tenebrosa sensualidad.

—Louise entendió mal el mensaje —dijo él, en tono tranquilo, suave, con sus ojos negros fijos en su cara, sin pestañear, ardientes, ávidos, devoradores.

Parecía estar mirándole el alma. Ella tuvo la desagradable impresión de que le leía los pensamientos. Lo observó llevarse la mano a la boca y pasar la lengua por la yema del pulgar, casi como si la estuviera saboreando a ella.

Se le tensó todo el cuerpo y se encontró mirándolo casi impotente. La sola idea debería repelerla, pero era pecaminosamente sexy, y estaba embobada por él, por su forma de moverse, por la forma de recorrerle la cara con los ojos ávidos. Tenía la capacidad de hacer sentir a una mujer que era la única mujer sobre la Tierra; la única que él veía. También la hacía sentirse como si la fuera a coger, echársela al hombro y alejarse con ella si lo desafiaba. Eso era algo muy inquietante y, Dios la amparara, terriblemente estimulante.

Ginny le cogió la mano, repentinamente temerosa por ella. El desconocido miraba a su hermana como si ella le perteneciera, como si fuera un malvado brujo empeñado en hechizarla.

—Colby —musitó.

Colby se desprendió de la red sexual que le estaba tejiendo Rafael, maldiciendo en silencio. Ese hombre era peligroso, francamente peligroso; se adueñaría de una mujer, la convertiría en su esclava sexual sólo interesado en que lo complaciera. Ese hombre era una tentación erótica a la que ninguna mujer podía permitirse sucumbir jamás. Habían enviado al primer hermano a ordenarle que entregara el rancho y los niños a la familia Chevez, y en vista de que eso no les resultó, ahora enviaban, obviamente, al principal a tratar con ella.

Alzó el mentón, desafiante.

—¿Cuál era el mensaje que debían darme?

—Joclyn le agradecería que se encontrara con ella esta noche en el bar de la ciudad. Creo que quería hacerle la cortesía de hablar con usted personalmente.

Su voz era tan bella, tan melodiosa, que ella ansió continuar oyéndola. Se obligó a mantener las manos a los costados para no ponerse en los oídos.

Sin pensarlo, le apretó la mano a Ginny, en busca de alivio y apoyo. Rafael de la Cruz era capaz de hechizar, era un brujo misterioso que urdía magia negra, y ella era muy vulnerable a él. Deseó que se marchara antes que ella cayera y se ahogara en las profundidades de sus ojos negros. Estaba tan cerca de ella que olía su aroma masculino; un olor a aire libre, sexual, decididamente masculino.

—Me parece que esto es muy importante para ella —añadió él.

—Estoy muy ocupada en esta época del año —dijo Colby, algo desesperada.

No podía apartar los ojos de él, ni por un instante. Sus ojos reflejaban un hambre terrible, una intensa necesidad, exigentes. Además, maldito fuera, su cuerpo ansiaba el de él.

«Sobrinita lisiada»; no lograba borrar esa imagen.

—Entonces tendré que quedarme para convencerla —dijo él, con su acento brasileño muy marcado.

Todo en ese hombre, todas sus células, su corazón y su alma, su cerebro, incluso el demonio que había enterrado en él, le rugían que la encadenara. Podía hacerlo, simplemente apoderarse de ella. No había nadie capaz de impedirselo. Estaba acostumbrado a que nada ni nadie se opusiera a su voluntad. Y mucho menos podría esa diminuta mujer, una mujer humana.

—A las ocho, entonces —dijo ella, impaciente, tratando de no parecer tan asustada como se sentía—. Si me disculpa, tengo que volver a mi trabajo.

Nunca nadie la había hecho sentirse tan confundida y nerviosa como la hacía sentirse él. Había un algo posesivo en sus ojos, algo que parecía reclamarla para sí. Jamás en su vida había sentido verdadero miedo de nadie. Él era el enemigo. Estaba estrechamente rela-

cionado con una familia que no la aceptó ni a ella ni a su madre; era un hombre que consideraría sirvientes a sus hermanos en un país del que no sabían nada. Tenía que tener presente eso. Tenía que recordar lo mucho que tuvo que luchar su padre para dejarles una herencia a sus hijos. Rafael de la Cruz tenía el encanto latino del que tanto había oído hablar pero no había experimentado nunca; era un hombre letal.

Miró a Louise, adrede. Era evidente que ésta estaba amodorrada, y ronroneaba como una gata. Tenía todo el aspecto de que acabara de hacer el amor con él. Le estaba acariciando el brazo y mirándolo con una expresión tan embobada que sólo verla le revolvió el estómago.

Rafael hizo un imperioso gesto hacia la camioneta; Louise le sonrió, con la cara iluminada por su atención, y echó a andar obedientemente hacia el vehículo. El gesto le produjo dentera a Colby. «¿Por qué no se había limitado a chasquear los dedos?» Los hermanos De la Cruz tenían una manera de actuar como si las mujeres fueran inferiores a ellos, y eso la hacía hervir de irritación. Aunque eso no era del todo cierto; en realidad era más como si consideraran inferiores a todos los seres humanos, hombres y mujeres por igual.

Rafael giró la cabeza y la miró como si le hubiera leído el pensamiento. Ella se quedó paralizada un momento, casi con miedo de moverse. Jamás había visto unos ojos tan duros y fríos. Si de verdad los ojos fueran un espejo del alma, los de ese hombre dirían que era realmente un monstruo.

Él no hizo ni ademán de seguir a Louise; lo que sí hizo fue mirarla a ella de arriba abajo, con su despiadado semblante desprovisto de expresión.

—¿Por qué insiste en esta tontería? Este es trabajo para un hombre, no para una mujer como usted. Es evidente que se ha pasado la mayor parte de la tarde en el suelo.

—Eso no es asunto suyo, De la Cruz —replicó ella, echando al viento toda simulación de buenos modales.

No sabía por qué se sentía tan amenazada, pero tenía la impresión de que estaba atrapada en la cruz de mira de un potente telescopio.

—Creo que es uno de mis caballos el que está domando —dijo él, en tono tranquilo, como si fuera incapaz de tomarse la molestia de perturbarse por el desacuerdo entre ellos—. ¿Cómo lo consiguió?

—Como un ladrón nocturno, entré furtivamente en sus establos y me traje a un buen número —repuso ella, sarcástica—. Si le es posible, procure ser menos pelma. Juan Chevez nos envió dieciséis caballos. Tal vez lo hizo por mala conciencia.

—La familia Chevez ha sufrido muchísimo por este malentendido —contestó él, pacientemente—. No hay nada que deseen más que hacer las paces con sus familiares. Puesto que yo considero su familia una parte de la mía, y están bajo mi protección, esto es de igual importancia para mí.

Sus ojos negros no pestañearon ni una sola vez, perforándole los verdes de ella. Se sintió «cazada». Más de una vez había tenido que seguirles el rastro a los pumas que intentaban dar caza a sus caballos y que la miraban con esa misma mirada enfocada.

—Vuelva a Brasil, señor De la Cruz, y llévese a su familia con usted. Eso favorecerá muchísimo lo de hacer las paces.

Él le enseñó los dientes, muy blancos, en una sonrisa lobuna. Sin ningún motivo, eso le produjo a ella un escalofrío. Se apartó de él, para liberarse, darse espacio, en una delicada retirada femenina, pero él avanzó con ella, como un felino de la selva acosando a su presa. Le ahuecó la mano en la nuca, sin presionar, con un contacto muy suave, sin embargo ella sintió su inmensa fuerza, comprendió que no podría zafarse de su mano, que él podría romperle el cuello en un instante si quería. Se quedó muy quieta, y lo miró a la cara. De repente sus ojos negros se veían hambrientos, con un hambre tan intensa que la dejó sin aliento, mirándole fascinado el pulso del cuello.

¿Cómo se le ocurrió pensar que sus ojos eran duros, muertos y fríos como hielo? En ese momento ardían de fuerte emoción, estaban vivos de deseo y necesidad y la miraban con una intensidad que parecía quemarla hasta el alma.

«No vas a escapar de mí, *pequeña*. Por muy lejos que huyas, por mucho que me combatas, no te servirá de nada.»

Las palabras pasaron vibrando por su cabeza, vibraron entre ellos, pero Colby no sabía si habían sido reales o no. Él no había hablado; sólo la estaba mirando con sus ardientes ojos negros.

Palideció y de repente sintió mucho, mucho miedo. De ella. De él. De la oscura promesa de pasión que veía en sus elocuentes ojos.

—No es bienvenido aquí, De la Cruz —exclamó Paul, con la cara roja bajo el bronceado—. Suelte a mi hermana inmediatamente.

Avanzó un paso hacia el hombre con los puños apretados, pero Ginny le cogió el brazo y lo refrenó como a un perro bravo.

Rafael desvió de mala gana la mirada de la cara de Colby para poder mirarlo. Al instante Paul observó que sus ojos no pestañeaban jamás, ni una sola vez. Estuvo un momento sin poder siquiera pensar ni moverse; se quedó inmóvil donde estaba. Entonces Rafael le sonrió, sin humor, sólo un relámpago de dientes blancos, y acto seguido echó a caminar hacia su camioneta.

Los tres se quedaron observándolo alejarse, como hipnotizados por sus fluidos movimientos y agilidad. Ninguno dijo nada, hasta que la camioneta se perdió de vista en medio de una polvareda. Entonces Paul se tumbó sobre la hierba.

—¡Debo de haber estado loco! ¿Por qué no me amordazaste? Podría haberme matado con su dedo meñique.

Ginny se rió, nerviosa.

—Por suerte yo te salvé la vida, refrenándote.

—Lo que te agradezco desde el fondo de mi corazón —suspiró Paul, contemplando el cielo ya oscurecido.

Colby se tumbó junto a él, arrastrando a Ginny con ella y poniéndola a su lado. Así juntos los tres se rieron de su audacia, algo histéricos de alivio.

Colby fue la primera en ponerse seria.

—El orgullo nos va a costar una buena suma esta vez. Con la exigencia de Daniels de que le paguemos todo el resto del préstamo, creo que esto es un grave contratiempo. Sólo tengo dos meses para reunir el dinero para pagarle y me ha dicho muy claramente que no me va a dar prórroga.

—No dijo que tenemos que devolverle los caballos —señaló Ginny, con su sentido práctico—. Sigue con ellos y cóbrale el trabajo.

—Le meteremos un pleito si no paga —exclamó Paul, indignado—. Has trabajado mucho con esos caballos y se han estado comiendo nuestras provisiones. De la Cruz no lograría encontrar a nadie mejor que tú aquí, ni en Brasil, si es por eso. No puede esperar que le hagas el servicio gratis.

—Tal vez así es como se han hecho ricos —dijo Colby, despectiva, y al instante se avergonzó de sí misma. Agradeció un trozo de pollo frito que le ofreció la práctica Ginny—. ¡Maldito sea ese hombre por venir aquí! Aunque, para ser totalmente sincera, no habría aceptado esos caballos si hubiera sabido que eran de él.

—Por eso no te lo expliqué —dijo Paul, sonriendo impenitente. Colby volvió hacia él todo el poder de sus ojos esmeralda.

—Eso no es algo que debes reconocer ante mí. Rafael de la Cruz es peor que su hermano, y nunca me imaginé que eso fuera posible.

Se tocó la nuca, donde seguía sintiendo el calor de su mano.

—Ojalá se marcharan todos —dijo Ginny, muy claramente, y miró a Colby con los ojos asustados—. ¿Es cierto que me pueden apartar de ti y llevarme a otro país? —preguntó, con voz de niña afligida—. Yo no quiero irme con ellos.

Al instante Colby le rodeó los hombros con el brazo.

—¿Por qué preguntas eso, Ginny? —Miró a Paul con un ligero ceño—. ¿Lo has oído en alguna parte?

—No fui yo —dijo Paul, a la defensiva—. Fue Clinton Daniels. Nos encontramos con él en el colmado y le dijo a Ginny que la familia Chevez nos iba a llevar a los dos a Brasil, y que tú no podrías impedirlo. Dijo que tú nunca ganarías en un pleito por nuestra custodia, y que la familia De la Cruz tiene influencia política y muchísimo dinero para pelear. Que puesto que la familia Chevez cuenta con el respaldo de la familia De la Cruz, tú no tienes ni la menor posibilidad.

Colby contó en silencio hasta diez, escuchando latir su corazón a un ritmo raro, irregular. Estuvo un momento casi sin poder respirar, y apenas pensar. Si perdía a sus hermanos no tendría nada. A nadie.

«¿Pequeña?»

Oyó la palabra en la mente, como una dulce pregunta; como una suave caricia tranquilizadora. La oyó claramente, como si Rafael de la Cruz estuviera a su lado, con la boca en su oído. Peor aún, sintió las yemas de sus dedos deslizándose por su cara, «acariciándole» la piel, acariciándole el interior, y sintió reaccionar su cuerpo de una manera puramente sensual.

La horrorizó y asustó que su voz le pareciera conocida y bien. Íntima. La asustó la reacción de su cuerpo, tensándose y excitándose. Se las arregló para tranquilizar a Ginny sonriéndole, al tiempo que intentaba erigir el muro en su mente para impedirle la entrada a Rafael.

—Parece que Clinton Daniels siempre encuentra el tiempo para cotillear acerca de todo el mundo, ¿no? Creo que ese hombre necesita un trabajo a jornada completa que lo mantenga del todo ocupado. —Abrazó a Ginny, acercándola más a ella—. Eres una legítima ciudadana de este país, cariño. Los tribunales no te van a entregar a alguien que ni siquiera conoces. Jamás llegarán a eso las cosas. Daniels simplemente quería tomarte el pelo. Esta gente se marchará a Brasil, y todo volverá a la normalidad.

Tenían que volver a Brasil, y Rafael tenía que volver con ellos. Pronto. Inmediatamente.

—Sí —añadió Paul, enterrándole el codo en las costillas—, la normalidad, el trabajo duro, más trabajo duro, trabajar desde primera hora de la mañana hasta avanzada la noche. Levantarse a medianoche para trabajar más.

—¿No querríamos todos que hicieras eso? —bromeó Colby—. Os lo digo en serio, a los dos: olvidad el problema con los hermanos De la Cruz. No les caigo mejor de lo que ellos me caen a mí. Me los imagino como guardianes de mazmorras del siglo catorce, tiempo en que las mujeres eran propiedad de sus padres y maridos.

—¿Sí? —dijo Ginny, y estuvo casi un minuto con una expresión soñadora—. Yo me los imagino en un castillo, como reyes, grandes señores o algo así. Son muy guapos.

Colby arrugó la nariz.

—¿A ti te lo parecen? No me había fijado.

Consiguió mantener seria la cara unos tres segundos y luego se derrumbó en un ataque de risa, junto con su hermana, mientras Paul las miraba con absoluta exasperación y disgusto.